

# PLATON COMO PENSADOR, POLITICO Y ARTISTA

## INTRODUCCIÓN

El enunciado del título, al parecer considerar a Platón en tres aspectos distintos, puede inducir a la creencia de que existen en él tres personalidades diferentes: el pensador, el político y el artista. La delimitación relativamente clara que existe en la actualidad entre el pensador o filósofo, el político profesional o teórico y el artista, como creador de obras de arte, tiende a aumentar la confusión. Desde el principio, pues, se nos hace difícil conseguir una idea recta de la personalidad verdadera y única de Platón. La carencia de una sola palabra que agrupe los tres conceptos —por otra parte muy comprensible dada la riqueza de cada uno de ellos— hace necesario referirse a él de este modo que puede parecer sucesivo, pero que es tan sólo metódico. Los historiadores al considerar su filosofía en epígrafes separados —teoría de las ideas, teoría del Estado, teoría de la belleza— hacen creer que Platón fué un hombre que puesto a pensar sobre las cosas creaba una doctrina sobre cada esfera de la realidad que acotaba de antemano. Así, pues, la doctrina del Estado, por ejemplo, sería el producto de que un día Platón decidió meditar sobre las relaciones humanas y charló apaciblemente con sus discípulos bajo el cielo de Atenas.

Però no es así. Ninguna de sus características racionales surgieron fortuitamente, sino necesariamente. La unidad conceptual de ellas es indivisa y acentuarlo es el motivo de este estudio. Si se entiende rectamente debe concluirse la enseñanza siguiente que ha de imponerse como cierta: el criterio para juzgar la genialidad de un hombre o de una doctrina tiene que basarse en la consideración de la unidad sintética de un pensamiento elevado

que en virtud de su verdad y de su fuerza dramática tiende a realizarse en el mundo. Puesto que ha de realizarse, su elevación sola no garantiza su verdad ni su éxito: una elevación semejante, sin contacto con la realidad, es una utopía; puesto que debe ser verdad y verificar una misión justa entre los hombres, su realización solamente sin altura teórica, no garantiza su éxito: una realización en la práctica es, entonces, el comienzo de un fracaso total. Por fuerza dramática se significa la capacidad de implantar en la realidad, o de plasmar en situaciones meramente teóricas, pero para la acción, las ideas concebidas como justas y rectas.

La ausencia de cualquiera de estas cualidades produce hechos o situaciones incompletas. La trágica situación humana que ocasiona la posesión del vigor de concepción, pero con ausencia de la fuerza de realización alcanza una expresión patética en el *Juan Gabriel Borkman*, de Ibsen. Un estado fuerte, pero basado en principios de escasa elevación teórica es el ejemplo opuesto. Pero se preguntará: ¿cómo se explica, entonces, el indudable éxito de muchos Estados modernos si carecen de principios teóricos elevados? ¿Puede acaso, por bienintencionado que se sea, decirse que existe esta altura teórica cuando es evidente la carencia de la más elemental unidad en la vida y en el pensamiento de sus hombres e instituciones representativas? No obstante, existe: se halla en la concepción liberal de las relaciones humanas, aunque hoy no parezca un principio elevado. Y la falta de unidad indica simplemente que la confianza en la adecuación de esta concepción para la realidad actual se está resquebrajando. Debido a esta pérdida de confianza en la concepción liberal, han surgido Estados que no sustituyeron los antiguos principios por otros, de que carecían, sino que se basaron sobre la fuerza. Pero no es esta, ciertamente, la fuerza dramática de que hablamos, porque la una es fuerza artística y la otra irracional. Y sin lógica y sin pensamiento no hay vida ni arte posible.

Platón es genial porque la altura y profundidad de su pensamiento, su capacidad y ansia de transformar la realidad, y su fuerza dramática de expresión forman un todo indiviso. Por esto no domina en él el político al filósofo, ni ninguno de ellos al artista. Según se elija la perspectiva, Platón es siempre más grande desde el aspecto de su personalidad escogida. Ahora bien, lo importante es saber que todo intento de juzgarlo desde un aspecto nunca logrará una comprensión cabal de él.

Juzgar de antemano a Platón como un espíritu dotado de una poderosa unidad de pensamiento, acción y creación no implica negar la posibilidad de una evolución en su vida y en su obra. La gran fuerza unificadora de Platón reside en su carácter. Lo que se desarrolla en el tiempo, a lo largo de su vida, son doctrinas, pero esta capacidad de unificar la más alta vida especulativa con los intentos de acción y de plasmar toda su riqueza interior en cuadros imborrables, de impresionante fuerza plástica, es sencillamente carácter.

Esta afirmación es importante, sea cualquiera la decisión mental que se adopte al leerla. Posiciones tan antagónicas como la de Schleiermacher y A. E. Taylor resultan extraordinariamente aclaradas si se medita sobre ellas. El primero creyó que Platón poseía un sistema de pensamiento completo y elaborado cuando comenzó a escribir los diálogos. La crítica posterior, después de la aplicación del método estilístico del escocés Lewis Campbell a las obras de Platón para fijar su cronología, se inclinó a admitir una evolución en su pensamiento.

El error de Schleiermacher fué exagerar su creencia, descartando la idea de una evolución en el pensamiento de Platón con el transcurso de los años. Así se vió obligado a violentar el significado de doctrinas diversas para encajarlas dentro de su concepción de Platón. No obstante, comprendió con gran clarividencia la unidad del pensamiento platónico. Tal vez no vió que esta unidad —a veces clara, otras difícilmente intuible, pero siempre real— era una unidad de carácter, no de doctrina. Una mente tan rica en ideas, intuiciones, atisbos, teorías como la del filósofo griego «no podía» permanecer intelectualmente extática largo tiempo.

La evolución interna experimentada por Platón se evidencia en los diálogos. Para observarla es preciso seguir el orden en que fueron escritos. Afortunadamente, salvo pequeñas discrepancias, esto no ofrece hoy duda alguna. Las investigaciones de Arnim, Ritter, Lutoslawski, Wilamowitz, Ross y Taylor, siguiendo en general el método estilístico de Campbell, nos ofrecen una relación coherente que aproximadamente empieza con *La Apología*, *Ion*, *Laques*, *Protágoras*, *Eutifrón*, *Carmides* y *Lysis*, para acabar con *El Sofista*, *Filebo*, *El Político*, *Timeo* y *Las Leyes*, considerando como frutos intermedios *La República*, *Gorgias*, *Cratilo*, *Fedón*, *Teetetos* y *Parménides* entre los más importantes.

Del estudio atento de los diálogos se desprende, por ejemplo, la

profunda evolución experimentada por Platón en la teoría de las ideas desde sus atisbos y comienzos en el *Carmides*, *Laqués* y *Eutifrón* hasta la trascendencia que les atribuye en el *Timeo* (1). Sin embargo, no puede juzgarse sencillamente a Platón como un pensador que evoluciona a medida que escribe. «Las numerosas líneas de enlace trazadas por Platón entre unas y otras obras, mediante las que todas cubren un gran problema de conjunto, forman una gran unidad en la que el primer paso resulta explicado plenamente por el último» (2).

Este párrafo de Jaeger, si es cierto, viene a complicar el problema. ¿Cómo puede hablarse de evolución o desarrollo en la obra de Platón si es cierta la afirmación de que «el primer paso sólo resulta plenamente explicado por el último»? Y si no es así, ¿por qué no están plenamente estructuradas determinadas doctrinas en los diálogos de la primera época, mostrándose, por el contrario, balbucientes?

Quien intente adoptar la posición de Schleiermacher respecto a la madurez y unidad del plan platónico ha de enfrentarse con un hecho irrecusable: el poderoso cambio que existe entre el *Laqués* o el *Eutifrón* y *Las Leyes*. El que, por el contrario, quiera adoptar como su punto de vista la evolución del pensamiento platónico se ha de enfrentar igualmente con algo insoslayable: la profunda unidad ideológica que sugiere la posibilidad de un vasto plan de conjunto conocido de antemano. Esto es importante, pero hemos de tener en cuenta lo siguiente: cualquiera que sea la posición que se adopte lo será con respecto a un problema determinado —si existe desarrollo en el pensamiento platónico o simplemente unidad.

Pero en Platón existen muchas más paradojas y problemas, aunque se considere en conjunto su vida y su obra. Platón es un pensador y «no obstante» quiere actuar sobre el mundo; su espíritu, inquieto, examina teorías, busca nuevos caminos para el conocimiento y a veces, por contraste, se muestra partidario de una autoridad dura, como si poseyera toda la verdad; desdeña a

---

(1) En el *Cratilo* se alude también a la trascendencia de las ideas, pero quien habla es Diotima —como observa ROSS— y su tono es el de una profetisa. Vid. ROSS: *Plato's Theory of Ideas*. Oxford, 1951.

(2) *Paideia*, II, pág. 125 (traduc. española). Fondo de Cultura. México. 3 vols., 1946-49.

los poetas y a los que se ocupan de artes imitadoras y, sin embargo, es él un gran poeta y un inigualable artista; hay en su espíritu rasgos agnósticos y creencias místicas; es un asceta y un griego afirmador de la vida; es un político de tanta vocación que emprende un nuevo viaje a Sicilia a edad avanzada para intervenir en el Estado de Dionisio, y a la vez hace un elogio de la vida contemplativa en el *Teetetos*, que es irrelevante —él mismo lo confiesa— con el sentido de su obra; critica sus propias convicciones, pero también afirma dogmáticamente; aspiró a ser un reformador social y en realidad fué un científico.

Todo eso son contradicciones y paradojas, aunque ¿lo son realmente? ¿Cómo puede afirmarse genialidad en un pensamiento contradictorio? ¿Qué se expresa en estas paradojas?

Se encuentran, en verdad, afirmaciones opuestas en la obra de Platón. Se hallan hechos irrelevantes con su doctrina en su vida pública. Sólo esto basta para admitir como innegable la existencia de una evolución en su pensamiento. Platón murió a las ochenta años. Pues bien, hasta su muerte Platón se mantuvo siempre vibrante y dispuesto al salto hacia adelante. Fué un tipo de hombre para el que no existió conservadurismo en las ideas a la hora de la vejez. Su genialidad es su multiformidad. Si en el *Sofista* o *Las Leyes* logró una visión más profunda del mundo y de las cosas, se debió esencialmente a que el perpetuo movimiento de su espíritu le descubrió implicaciones más profundas en el mundo y las cosas. Ello es consecuencia de la marcha natural del pensamiento y del ser en cuanto que el primero, debido a su actividad investigadora, logra consecuciones y verdades, y el último se deja penetrar por el entendimiento, es decir, se descubre, descubre la verdad que le es propia.

Platón no es un pensador sistemático. Nada más lejos de su pensamiento y de su carácter que la elaboración de un sistema. Platón adopta una postura irónica, simbolizada en Sócrates. Puesto que es sumamente difícil la aprehensión de una doctrina verdadera, examinemos la que parece más verosímil. Paradójicamente va a buscar una ciencia de la verosimilitud —lo que no obsta, sin embargo, para que busque las esencias de las cosas. Nos hallamos con un caso único en la historia de la filosofía. El pensador más genial de todos los tiempos comienza a filosofar con una declaración de modestia inusitada. Y no sólo comienza. Ya en los umbrales de su gloria ancianidad, hacia el año 367 a. de J. C., afirma

en *El Sofista*: creíamos antes comprender lo que era el ser, pero ahora estamos perplejos. Esta perplejidad es la expresión del más elevado sentido filosófico.

Lo expuesto anteriormente acentúa las dificultades casi insuperables para comprender el pensamiento platónico en su extraordinaria riqueza. Intentemos, por lo mismo, comprender las modalidades de su carácter en cuanto pueden aclararlo. Pues penetrarlo en su totalidad está más allá de las fuerzas humanas. «Así, llegan y me preguntan qué idea pretendí encarnar en mi *Fausto*—decía Goethe a Eckermann—. ¡Cómo si yo mismo lo supiera y pudiera declararlo!... ¡Hubiera resultado una linda cosa si hubiera pretendido anudar al hilo estrecho de una sola idea una vida tan rica, tan abigarrada y tan variada como la que se desenvuelve en el *Fausto*!» (3). ¿No será aún más difícil conseguirlo en un pensador que insinúa, atisba, profundiza y siempre sugiere saber más, mucho más de lo que alcanza nuestra comprensión de profanos en su filosofía? Pues desengañémonos: dificultades filológicas, espirituales y de simple afinidad con la cultura clásica griega hacen muy improbable una completa comprensión de su filosofía.

Pero, ¿no habrá una posibilidad de penetrar en lo básico del pensamiento platónico? Se trata de lo siguiente: hasta ahora para interpretar la filosofía platónica en su integridad se ha investigado el orden en que fueron escritos los diálogos, pues, en efecto, es preciso saber la fecha de cada uno para conocer la evolución—si la hubo—del pensamiento de Platón. Con esto se ha logrado saber la gestación, desenvolvimiento y madurez de las teorías platónicas. No obstante, con la atención pendiente de la cronología de los escritos, la labor que se ha acometido después ha sido la del estudio de cada uno de los diálogos o de cada uno de los problemas o teorías principales. Así, pues, sabemos con fidelidad lo que se ha pretendido saber. Los investigadores de la filosofía platónica han cumplido su objetivo con una brillantez que les hace honor.

Pero ahora las preguntas son éstas: ¿sabemos por qué existía unidad en el pensamiento de Platón y por qué hubo evolución? ¿Sabemos por qué existió en él algo incommovible desde el principio hasta el fin y por qué son indivisibles el pensador, el polí-

---

(3) *Conversaciones con Goethe*. Calpe, 1920. III, págs. 159-60.

tico y el artista? Y, en general, la pregunta fundamental es la siguiente: ¿se basta el pensamiento a sí mismo, en el caso de Platón y en todo caso, o necesita manifestarse o versar sobre lo externo?

Se trata de penetrar en los estratos internos de su pensamiento, de comprender la estructura sintética de su vida y su obra. Sólo existe un método, si esto es posible: reduciendo a unidad las manifestaciones de su genio.

Si se logra, comprenderemos con relativa facilidad que las paradojas son sólo riqueza mental y las contradicciones apariencias de contradicciones.

### EL PENSADOR

Es evidente que lo que hace que se sea pensador, en todo el sentido de la palabra, es el hecho de vivir meditando. No llamamos pensador al que en determinadas circunstancias piensa sobre un asunto, ni al hombre corriente, por más que necesite pensar en cada hora de su vida; como tampoco al profesor que pasa largas horas inclinado sobre los libros. Pensador es el hombre que ha hecho de la meditación la ocupación única de su vida.

Esto implica que el pensador posee cierta confianza en el poder y supremacía de la mente. Admite, de alguna manera, que la realidad es racional. Si fuera irracional, refractaria a todos los intentos de interpretación humana, la meditación se vería obligada a detenerse a la entrada misma de la realidad. Podría únicamente afirmar su existencia, pero sería incapaz de pasar adelante. El escepticismo anula la posibilidad misma del filosofar.

Platón es sumerge ya en los primeros diálogos en el vasto océano de la realidad. Con la sola fuerza de su inteligencia se lanza a su interpretación y estructuración. Simbolizada su ansia de captar lo universal en la figura de su inolvidable maestro Sócrates, sus primeros intentos se encaminan en un sentido: indagar qué sea el «ser bello», no esta o aquella cosa que es bella; qué sea el «ser valiente», no este hombre o aquel que es valiente, etc. Por consiguiente, no lo que es particular, sino lo que es universal; no una cosa que es existente, sino lo que es esencial. En resumidas cuentas, Platón es el gran meditador sobre el ser y porque el ser se halla multiplicado en esferas diversas nos mostrará en sus medita-

ciones los más graves e importantes aspectos de la vida humana: los problemas del conocimiento, de la ética, de la ontología, del alma, de la inmortalidad, del Estado, de la educación, de las ideas, del cosmos, de la política, del amor...

Dos notas hallamos constantes en el pensamiento de Platón: la redoblada atención con que se dirige a la captación de lo universal y la tranquila confianza en el poder de la razón humana. En la actualidad estas pretensiones del pensar nos parecen justificadas y naturales. Acentuamos con insistencia que las ciencias particulares se ocupan de aspectos concretos de la realidad, en tanto que la metafísica veña sobre el ser en cuanto ser. Aceptamos como normal suponer que podemos hablar con éxito de la realidad, porque la razón humana ha demostrado que es capaz de penetrarla y dominarla. Creemos que esto se debe sencillamente a la experiencia, y aunque así sea en parte, no lo es totalmente. Ha sido nuestra experiencia la que ha resultado condicionada por el pensar platónico. Lo que suponemos que es un deuda con la práctica es una deuda con Platón.

Entre otras cosas, lo que hace que Platón sea un pensador genial es que ha descubierto el único modo posible de filosofar. Hoy, cuando de manera vertiginosa las ciencias se han convertido en campos separados, se ha comprendido que a la filosofía le queda un reducto inabordable: el de las esencias, el reducto del ser en cuanto ser. Que Platón incluyera las demás ciencias dentro del concepto de filosofía no indica un error ni una extralimitación, sino una necesidad impuesta por una visión más amplia del ser y por las condiciones históricas en que se desarrolló.

Afirmar, como se ha hecho, que la experiencia ha resultado condicionada por el pensar platónico puede inducir a creer que se establece que en el orden del conocimiento el pensar posee supremacía sobre el ser, o depende del ser. No obstante, esta afirmación no altera en absoluto la verdad opuesta: que el ser es ónticamente anterior al pensar. Lo que quiere decirse es que fué precisamente Platón, filosofando, el que abrió el camino del ser. El ser no es racional hasta que no es concebido como ser por antonomasia. La aprehensión de un aspecto de la realidad, por ejemplo, en cuanto investigada por la técnica es dominio, y dominio no supone intelegibilidad total. La intelegibilidad total del ser, por el contrario, supone no sólo la sabiduría y comprensión más elevada, sino la tenencia al dominio de la realidad. Se sabe

para actuar. En la Academia de Platón se estudiaron matemáticas, porque la especialización no había comenzado todavía a dividir al ser y porque así, indiviso, su comprensión ayudaría grandemente al dominio y ordenación de la vida. Este afán de unidad se manifiesta en campos que hoy pueden parecernos distintos, e incluso antagónicos, pero que entonces no lo eran. Incluso puede decirse: a medida que el hombre es capaz de una mayor abstracción, a medida que el pensar humano incide más profundamente sobre la realidad, a medida que se es capaz de generalizar lo particular en una fórmula esencial es mayor la genialidad pensante. Lo Uno, el Bien, lo Verdadero son idénticos en el pensamiento platónico, y nótese bien que lo Uno es un ideal matemático, el Bien un ideal ético o político, y lo Verdadero un ideal gnoseológico. Naturalmente el solo intento de aprehender la realidad como tal dentro de una fórmula general no es un índice de genialidad; pero sí lo es en los resultados obtenidos, si éstos se hallan garantidos por el carácter de lo verdadero. Si fuera posible aprehender todas las leyes físicas en una fórmula única sólo revelaría la genialidad de su autor en la medida en que tal ley fuera verdadera. La expresión de una fórmula semejante es una creación mental, porque aunque el pensar esté condicionado por la prioridad óptica del ser, de la realidad, ésta sólo nos ofrece indicios, datos dispersos. Esta ley única y general sería el sujeto el que la creara o sintetizara. Se puede sospechar la pretendida unidad de leyes, ser, etc., pero una unidad tal no puede ser meramente sospechada. Tiene que ser probada. Por consiguiente, la enunciación de tal ley o unidad es una creación del entendimiento, si bien debe concordar con la realidad, porque ésta es ópticamente así. Una concepción semejante no implica ni rastros de idealismo. Muestra sólo que la generalidad humana es demasiado incapaz de efectuar una síntesis mental semejante, demasiado incapaz de crear una ley —mejor, de recrear— o una unidad que existe en la realidad, pero que el ser nos esconde. Cuando un entendimiento es capaz de una creación mental semejante es que ha surgido un genio: un Platón o un Einstein. La prueba, como es lógico, tiene que ser diferente en el caso de las ciencias de la naturaleza y de la filosofía. En aquéllas ha de ser verificación, en ésta demostración.

El método practicado por Platón en sus diálogos parece contradecir la opinión expuesta en las líneas anteriores. Pero creer esto es superficial. El método mayéutico empleado para buscar las esen-

cias es sólo un método de investigación. Lo importante es reconocer que Platón «creó» la teoría de las ideas —y esta teoría es puramente una creación mental—. En la medida que la doctrina de las ideas es o no susceptible de demostración, o simplemente de servir de explicación de la realidad, dicha doctrina muestra sus limitaciones o su fecundidad.

Concebida así, en un aspecto, la misión del pensador, no es de extrañar que Platón crea en alguna ocasión (4) que el modo de vida más elevado es el puramente teórico. Su discípulo Aristóteles piensa de manera semejante, si bien por motivos de índole teleológica. Pero Platón sólo lo pensó así en alguna ocasión, como veremos más adelante.

Las primitivas aspiraciones políticas de Platón sucumbieron después de la muerte de Sócrates. Las condiciones imperantes en Atenas le mostraron la imposibilidad de una actuación honorable sobre la colectividad. Su fundamental vocación de estadista se vió imposibilitada por las circunstancias. Sólo había un camino, por consiguiente: el de la meditación sobre problemas teóricos. Estos problemas poseen siempre en él la impronta de una decidida tendencia y conexión con la práctica. El ser se identifica con el Bien y el Bien es Justicia. La meditación sobre ésta es tan importante que Jaeger ha escrito que *La República* y *Las Leyes* son las obras más importantes de Platón.

El retraimiento de la vida política no se planteaba a Platón en una alternativa ante la que podía optar. Era la única solución posible para una mentalidad elevada que no quería comprometer su dignidad personal trabajando en unas condiciones políticas insatisfactorias. Pero la dedicación a una vida teórica no suponía para Platón, como no lo supuso para su maestro Sócrates, un drástico aislamiento individual. En general, en el ámbito de la vida griega la transmisión de la enseñanza, la educación del individuo, la vida filosófica fué un elástico sistema de convivencia. Lo podemos observar en pequeños detalles: aún a solas el hombre griego tenía que «oírse» pensar, pues la lectura mental que hacemos nosotros no la conocieron ellos. La vida especulativa de Platón no tiene semejanza externa con la vida especulativa de Kant (5).

(4) *Teetios*, 174. c. d. e. 175, a. b. (Edición «Belles Lettres»).

(5) «It was one of Plato's firmest convictions that nothing really worth knowing can be learned by merely listening to "instruction"; the

La fundación de la Academia fué una necesidad ineludible y constituye un acontecimiento memorable en la historia del pensamiento occidental. Con su fundación surge la posibilidad de realizar ciencia auténtica y de influir indirectamente sobre la vida ateniense, si bien en un grado mínimo. La convicción de lo primero debió decidir a Platón, sin duda, a comenzar su intensa y extraordinaria labor pedagógica y filosófica. En contra del escepticismo sofístico, la filosofía se salvó como ética y racionalidad con Sócrates. Con Platón la filosofía va a pervivir definitivamente como ciencia del ser (6).

Pueden darse diversas interpretaciones del concepto platónico de la realidad. De hecho se han dado. La preterición continua del mundo real en favor de las ideas significa algo constante, sin género de dudas. El alma es más sabia, puede contemplar mejor a lo verdadero, a lo divino, a medida que prescinde de lo terreno, de lo sujeto a opinión (7). La filosofía, pues, en cuanto que generaliza y abstrae constituye una superación de la filosofía en cuanto se ocupa de lo particular y sensible. Al lado de esto es secundario que la filosofía sea superior porque se ocupa de la contemplación de ideas. Cuando todavía la teoría de las ideas no se hallaba plenamente desenvuelta y estructurada, la afirmación anterior poseía valor. Se explica por la razón de que para Platón filosofar era estar en lo anímico, o mejor que el puro pensar anímico constituye la filosofía más elevada. Tal creencia fué constante en Platón y constituye una de sus grandes paradojas, porque su afán e interés se centraba en la ordenación de la realidad. La teoría de las ideas, en cambio, evolucionó a medida que evolucionaba su pensamiento (8). Quizá por los ataques suscitados dentro de la Academia —pues incluso Speusipo, el más platónico de todos ellos, la consideraba inaceptable— Platón se vió obligado a reconside-

---

only method of "learning" science is that of being actually engaged, in company with a more advanced mind, in the discovery of scientific truth». A. E. TAYLOR: *Plato*. London, 1952, pag. 6.

(6) «Platón se interesaba exclusivamente por el "Ser". Si queremos darle un lugar en la historia del pensamiento griego debemos decir que es uno de los representantes de la especulación sobre la sustancia. Con su teoría de las ideas le dió un nuevo giro; en realidad le devolvió la vida». JAEGER: *Paideia*, II, pág., 28.

(7) FEDÓN, 84 b.

(8) Vid. ROSS: *Plato's Theory of Ideas*. Oxford, 1951.

rarla como interpretación del mundo. Derivó así hacia la consideración de las ideas como números ideales. En cualquier caso lo importante es resaltar que consideró como la misión suprema de la filosofía la elevación del alma hacia el mundo inteligible (9). Despojando este concepto de su significado mítico, aparece con singular evidencia que el objeto de la filosofía es abstraer de lo singular y concreto para ocuparse con lo general y esencial. Filosofar es tratar con el ser y ello sólo puede lograrse puramente cuando el pensamiento se ha instalado en lo anímico, cuando el puro pensar anímico se ocupa con ideas --y es indiferente resaltar ahora que se conciben como arquetipos metaempíricos, como números ideales o como leyes *a priori* del pensar. El esclarecimiento de estos problemas, si bien de enorme importancia para la comprensión de Platón, es ajeno a este estudio.

La doctrina platónica se fundamenta en unos supuestos primordiales sin los que no puede comprenderse al filósofo griego: la transmigración de las almas, la teoría que considera el cuerpo como una cárcel y la de las ideas y su contemplación (Landsberg). El mundo empírico, precisamente debido a su devenir, es irreal y malo. De él hay «doxa» y no ciencia. Esta es sólo posible de lo inmutable e intemporal: del ser, del mundo de las ideas. ¿Qué nos muestra esta fundamentación de su doctrina? Algo importantísimo: Platón es el pensador metafísico por excelencia. No es sólo un teórico del conocimiento porque escribiera el *Teetetos*. No es un psicólogo únicamente porque nos haya dado una clasificación de las facultades del alma. No es exclusivamente un político porque escribiera *La República*. Platón es todo esto y algo más: las meditaciones sobre tan variados aspectos de la realidad humana quedan englobados y superados dentro de su meditación sobre el ser; y la fundamentación última del ser reside no en lo que tiene de intuitable, sino de inteligible. En último término el ser es idea. Su carácter inespacial e intemporal garantiza su permanencia y eternidad.

Platón supo desde el comienzo de sus meditacionese que lo permanentemente inteligible en las cosas, la esencia, tenía que ser el objeto de la ciencia porque era lo único que no estaba sujeto a cambio. Que concibiera esta esencia como idea es fruto de su evolución a lo largo del tiempo. Desde el *Laqués* hasta *Las*

(9) *La República*, libro VI, 509 a.

Leyes es evidente e irrecusable. Experimenta evolución la teoría de las ideas, pero no su creencia fundamental. Es discutible la inmanencia o trascendencia de las ideas, pero está fuera de duda que en él la esencia es el objeto de la ciencia. La persistencia de este motivo es fundamental para comprender a Platón porque cuando, debido a las razones de que vamos a ocuparnos, intenta estructurar la vida de un modo lógico —es decir, lo que no es idea, lo que se halla sujeto a cambio y de lo que sólo puede haber «doxa»— comienza por implantar teóricamente como base una pura esencia para realizarla: la Justicia. Su creencia de que esta idea puede realizarse en la vida origina actos prácticos: La República o el viaje a Sicilia.

Pero ¿puede una Idea causar un cambio en la vida cotidiana? Un pensador ¿«debe» ser hombre político o «es» por esencia hombre político? Quizá todas estas cuestiones se reducen a la gran cuestión única de si el pensar encuentra su objeto en sí mismo o es siempre pensamiento para la acción.

### EL POLÍTICO

El individualismo ¿es una creación moderna? Cuando el poder del Estado amenazaba ser omnímodo el hombre sintió la necesidad de liberarse y afirmar su personalidad. Mucho más que un deseo de libertad es un encerramiento en sí mismo, una defensa contra algo que se teme demasiado amenazador.

Pero en otras épocas, cuando el hombre podía sentirse realmente libre dentro de una vida absolutamente informada por el Estado, el sentimiento que predominaba en él era el de solidaridad con la colectividad. Si en momentos de suprema angustia —la prisión y condena de Sócrates— se alzan voces que claman por los derechos del individuo contra la pretendida opresión del Estado —proposición de fuga a Sócrates por sus discípulos—, el espíritu griego —Sócrates— se inclina decididamente por el Estado. No se puede sentar un precedente ni aún en un caso injusto porque entonces cada uno podrá erigirse en árbitro en contra del Estado.

Dentro de este clima nació Platón. Educado en conversación con Sócrates bajo el más dúctil y, al mismo tiempo, severo rigor intelectual, su preocupación por el estudio de lo esencial y su voca-

ción de estadista —descendía de una familia de legisladores y estadistas— se acusaron en sus primeros años. La moderna disociación entre pensamiento y acción, tan acentuada, lo era en grado infinitamente menor entre los griegos. Era posible porque el ciudadano vivía activamente en la vida de la «polis». Muchas ciudades pedían leyes a los filósofos para regirse por ellas. Después del giro antropológico dado a la filosofía por Sócrates fué poco frecuente, por no decir nulo, el caso del filósofo dedicado exclusivamente a la meditación y aislado del mundo que lo rodeaba.

Con Platón la filosofía ya no es sólo algo que se piensa, sino que se realiza. El intelecto descubre, pero la voluntad se siente compelida a actuar. Platón considera lo uno, el bien, lo verdadero —dice Lewis Campbell— como ideal moral, y ello se realiza tanto en el individuo como en el Estado, combinándose así la especulación política y ética (10). Por consiguiente, el pensamiento ya no permanecerá encerrado en sí mismo, como ocurrió entre los presocráticos, sino que se dirige a lo exterior no sólo para interpretarlo, sino para transformarlo. El problema que se plantea Platón es no sólo cómo comprender la vida, sino también cómo ordenarla.

El proceso seguido hasta aquí se presenta, aparentemente, complicado. Platón ha examinado cosas concretas, hechos individuales, pero con objeto de captar su esencia. Conseguido esto ha hipostasiado dichas esencias o ideas. Lo extraño ahora es que posteriormente quiere realizar estas ideas en el mundo: el bien, la justicia, la verdad.

Pero una abstracción, ¿puede causar un cambio en la vida cotidiana? Podemos contestar afirmativamente, en principio, en el sentido en que puede variar la realidad el programa de un partido político. No se trata de que sea el pensamiento el que condiciona la realidad, sino de que al enfrentarse el pensamiento con la realidad tiende a modificarla, organizarla. El pensar se dirige a las cosas. La marcha natural del pensamiento es pensar en cosas paraprehendirlas o dominarlas. Cuando esto acontece tan sólo especulativamente es porque el pensar se ha detenido en el concepto de la cosa, sin aprehender la cosa misma en su totalidad. Tras este primer estadio del pensamiento humano existe otro de ordenación o de dominio, y ambos unidos originan una visión más profunda

---

(10) Vid. artículo «Plato» en la *Enciclopedia Británica*.

del ser puesto que no se limita a una comprensión, sino también a una realización. Naturalmente para que así ocurra son precisos factores muy diversos --no hay que olvidar que el intelecto únicamente aprehende la realidad anterior a él-- no sólo naturales, sino vocacionales e incluso de índole metodológica. La capacidad de estructurar teóricamente la vida depende, en parte, de la vocación política que se posea. No obstante, de ninguna forma debe pensarse en una concepción del político como distinto del pensador, del sabio. Platón no deja de acentuar en cuantas ocasiones encuentra oportuno lo indisolublemente ligado que debe hallarse ambos. ¿Deberemos incluir al político entre los sabios o no? Y responde afirmativamente (11). El concepto de «político» ha sufrido posteriormente una evolución que ha sido fatal para la historia humana. No se trata de que se haya interpretado erróneamente su concepto, sino de algo peor: se ha convertido lo político en el arte de lo posible, despojándolo de este modo de la única significación --platónica-- que garantizaba su valor científico. La política ha llegado a ser durante una gran parte de la historia humana un modo de hacer o de obrar con arreglo a fines convenientes, en cada caso diversos y por lo general al servicio de la clase dominante. Fines pragmáticos han sustituido a principios científicos.

Nos referimos, en este último sentido, a la concepción platónica. El sentido de *La República* consiste en estructurar la vida humana con arreglo a principios científicos. Cuando en la Carta VII afirma Platón que la salvación del mundo depende de la unión del filósofo y del político en una sola persona, significa con ello que la perfecta organización de un Estado se basa en que el gobernante, o la forma de Gobierno, se fundamente en una estructura lógicamente pensada. El hombre político como oportunista, como el que practica el arte de lo posible ateniéndose a las circunstancias, como el mediador o ambicioso de poder, como el representante de una parte de la comunidad, es algo totalmente alejado de Platón, si bien dolorosamente tuviera ocasión de presenciarse en su propia época y en su misma patria. Y precisamente por ello. La observación personal que pudo hacer de la labor realizada por los partidos políticos lo indujo a buscar una solución para la «polis» --una «polis» ideal, pues la actuación en Atenas

---

(11) *El Político*, 258 b.

le estaba vedada— en principios más profundos que los que pretendían fundamentar los partidos políticos o los tiranos. En Platón la dirección de los asuntos públicos no depende nunca de la mayoría, ni siquiera se apoyan en leyes dimanadas de la mayoría de los ciudadanos, sino que el Gobierno reside en un número escogido de ellos, poco numeroso (12). El hecho de que en *Las Leyes* se pronuncie en contra de la concentración del poder en una sola persona, no contradice en absoluto cuanto decimos, sino que, antes bien, lo corrobora. La posibilidad de que surja un poder omnímodo, superior y diferente por cualquier causa al bien de la colectividad, le hizo situar el origen de la legalidad en *Las Leyes*, es decir, en algo impersonal y, por consiguiente, más científico. Pues en las leyes no existe subjetividad. Lo mismo la mayoría que, acaso también, un jefe se conducen por la «doxa», incapaces en su estrechez de miras de elevarse sobre lo fluctuante de la vida. Fundar, por el contrario, la vida de la «polis» en principios filosóficos, o en leyes, quiere decir: sustraer los asuntos públicos a la inseguridad de la «doxa», e instaurar una idea —téngase presente— en el Estado y mediante el Estado.

Esto es lo importante en resumidas cuentas. La capital importancia que el Estado posee en la concepción platónica no es necesario resaltarla. Basta con leer —saber leer— *La República*. Pero ¿qué significa la creación del Estado platónico en su estrato más profundo? En primer lugar, es evidente el reconocimiento de que la sola posibilidad de una existencia justa y honorable reside en la vida dentro de una institución con fines superiores a los meramente individuales —y porque estos fines superiores a los meramente individuales son los que mejor garantizan los individuales—. El Estado significa el sometimiento de las apetencias personales desmedidas al bien de la colectividad; la racionalización de la vida, sujeta desde ahora a normas y medidas; dentro de la vida en el Estado ya no es posible la iniciativa del individuo que tiende a lograr poder o riqueza. El individuo es absorbido por el Estado, pero lo es precisamente porque esta absorción garantiza su vida más noble y digna. La teleología del bien sustituye a la espontaneidad indisciplinada del obrar. La libertad adquiere un sentido más profundo, si bien diferente, puesto que el ciudadano participa de la justicia absoluta que impera en el Estado.

---

(12) *Polít.*, 294 a. Y también, 297 b.

Pero además de este aspecto objetivo que se lo imponía a Platón su vocación de estadista y su atávico instinto de legislador, sus especulaciones de pensador lo obligaban a realizar, de algún modo, lo que teoréticamente consideraba justo y verdadero.

*La República* significa la justicia y el bien absoluto, y a la vez, y esto es fundamental, la verdad, porque toda su concepción descansa en principios científicos.

Se nos aparece así, a una nueva luz, la estrecha relación que existe entre obras al parecer dispares: *La República* y *Teetetos*. En la primera se trata de organizar la vida humana de un modo lógico, descansando en principios científicamente fundados; *La República* es el pensamiento platónico realizado de que los reyes sean filósofos o los filósofos reyes. En el *Teetetos* se trata de indagar qué sea el conocimiento. Adquirido un concepto de él, una vez superadas las concepciones de que el conocimiento (*ἐπιστήμη*) es sensación (*αἴσθησις*) y de que el juicio verdadero acompañado del discurso (*λόγος*) ¿cómo no aplicaría Platón la categoría de lo que es científico, o verdadero conocimiento, a la realidad que desea estructurar? Aunque existan hombres que se dicen también conductores de la especie humana (13) —pues la política es el arte de conducir la especie humana (14)— no hay que engañarse: este arte sólo puede practicarse mediante principios sólidamente fundados. El político es el sabio. La política es la ciencia más noble porque tiene por objeto los seres animados y es en esta esfera donde ejerce su poder (15).

Pero que la política sea la ciencia o arte más noble, ¿quiere decir que sea «lo» más alto y noble para Platón? En este caso Platón, por encima de todos los contratiempos, habría sido un político activo, y por el contrario, fué un teórico, un pensador. No, para Platón la esencia más elevada del hombre la constituye el conocimiento. Por eso fué un pensador cuya actividad se manifestó teóricamente. Ahora bien, la profunda trabazón, la indisoluble ligazón que hay en su personalidad entre el pensador, el político y el artista se debe a su pensamiento de que el conocimiento no es algo extático, sino que su misión es comprender

(13) *Polít.*, 268 a.

(14) *Polít.*, 267 b.

(15) *Polít.*, 261 cd.

para obrar. «Todas las cosas que hacemos o poseemos son instrumentos para obrar o preservativos para no sufrir» (16).

Hoy no todo el mundo suscribe gustosamente esta afirmación. A partir del momento en que el pensamiento vivió por sí mismo, independientemente de lo exterior, se comenzó a creer que la misión del intelecto se cumple dentro de sí mismo, pensando, especulando. El caso límite lo tenemos en el pensar moderno, que es puro pensar. Se teme que el pensamiento se convierta en pragmático si se concede que su fin es obrar.

Originariamente no fué así. Tenemos que habituarnos a pensar que hubo un tiempo en que el pensar estaba cerca de las cosas, en cotidiano contacto con ellas. En general, en tiempos de Platón no existía la absoluta disociación actual entre pensamiento y acción. El filósofo proporcionaba leyes a las ciudades que se lo solicitaban. La unión entre el pensamiento y la práctica se manifestaba, en el caso del filósofo, a través de la legislación.

Pero la estrecha unión entre pensamiento y acción, ¿se debe a una peculiaridad del carácter de Platón o se trata de que universalmente, en virtud de una necesidad lógica, el pensar se dirige a la práctica? ¿La disociación moderna será, pues, una desviación antinatural de las cosas?

Por necesidad el hombre piensa sobre cosas; toda meditación lo es acerca de cosas, sea cualquiera la extensión que concedamos a éstas. Cuando se sobrepasa lo puramente cotidiano y perecedero y se quiere encontrar lo universal e inmutable se halla el ser. No obstante, cuando el pensamiento intenta ordenar la realidad no es el ser en cuanto ser el objeto de su consideración, sino el ser en cuanto multiplicado en los distintos aspectos de la realidad. El ser considerado como «uno» —el Bien— es objeto de contemplación, conocimiento o amor, para Platón. No es posible verificación de tal clase de ser, porque es lo supremamente trascendente y perfecto. Pero ¿qué pasa con las cosas de la vida y la realidad cotidiana? Su imperfección la evidencia su mutabilidad y contingencia. El sino de las cosas del mundo es la muerte. Las cosas de la vida no son justas, ni buenas, ni verdaderas, ni imperecederas. La misión del pensamiento humano, por consiguiente, «debe ser instaurar prácticamente la justicia, la bondad y la verdad en ellas. La misión del pensador es comprender. La misión

---

(16) *Polít.*, 279 c

del político es estructurar, comprender y actuar. En resumidas cuentas, es posible que incluso Platón pensador sea exclusivamente teórico, pero Platón político desea ser eminentemente práctico. Y lo fundamental es que ninguno de estos dos aspectos es concebible en él separadamente. Y si lo entendemos así queda aclarado definitivamente porque afirma Platón en la Carta VII que el mundo no estará bien hasta que los filósofos sean reyes o los reyes filósofos.

Las obras fundamentales de Platón no son, como quiere Jaeger, *La República* y *Las Leyes*. Afirmarlo así es unilateral. Tampoco lo son, digamos, el *Parménides* y el *Teetetos*. Lo son todas ellas: *La República*, *Las Leyes*, *Parménides* y *Teetetos*. A la luz de todo lo dicho las razones son fácilmente comprensibles (17).

#### EL ARTISTA

Nietzsche ha hecho notar que fué precisamente después de su primer contacto con Sócrates cuando Platón abandonó el cultivo de la poesía y la tragedia. Según el filósofo alemán, Sócrates con su intelectualismo, secó en su discípulo sus impulsos creadores. Lo que aquí nos interesa hacer resaltar es que, desde muy pronto, Platón tendió a manifestarse de diversos modos. Su vocación era la de estadista, sus primeros balbuceos artísticos se expresaron en la tragedia y el definitivo camino emprendido fué el filosófico.

Una cosa salta a la vista. Platón no abandonó un modo de expresión del espíritu, como es el arte, ni una vocación de ordenar la realidad, como es la política, del mismo modo que se abandona la carrera elegida en un principio para seguir otra distinta. La razón es ésta: en Platón ambas cosas se replegaron en favor de

---

(17) «Para Platón, el saber, *gnosis*, no es una mera contemplación desligada de la vida, sino que se convierte en *tecne*, arte, y en *frónesis*, reflexión sobre el verdadero camino, la decisión certera, la verdadera meta, los bienes reales. Y este punto de vista no cambia, aun cuando revista la forma más teórica, en la teoría de las ideas que se desarrolla en los diálogos de la vejez de Platón. Platón hace siempre hincapié en la acción, en el *bios*, a pesar de que el campo de acción tendiera a circunscribirse cada vez más del estado exterior al «estado dentro de nosotros». JAEGER: *Paideia*, II. 254.

la mayor universalidad y profundidad de la filosofía, pero ambas adquirieron vida tan pronto como empezó a redactar sus primeras obras, es decir, cuando actuó, en algún sentido, prácticamente. La lectura de sus primeros diálogos basta para convencerse. Según Wilamowitz los primeros diálogos tienen un carácter puramente poético, sin pretensiones filosóficas algunas. Admítase o no, es evidente que en ellos su belleza evocadora y poética destaca por encima de su contenido filosófico.

El profundo sentido artístico de Platón se manifestó en todo aquello sobre lo que imprimió su huella. Fué una exageración de Nietzsche suponer que lo que había en Platón de creador quedó anulado por lo que surgió en él de filósofo y frío crítico. El verdadero artista no tiene por qué ser un profesional del arte. Su creatividad se manifiesta no sólo en cómo hace las cosas, sino en todo cuanto hace. Goethe decía refiriéndose a Napoleón: «también hay una creatividad de los actos». Creer que sólo hace obra artística el que se propone crearla sin atender a nada más que a su escultura, cuadro o poesía, es poseer una concepción demasiado estrecha de lo que es el arte. A veces la obra de arte no es un fin en sí misma, ni siquiera la producción de la belleza, sino que ésta surge esplendente y como de un modo derivado de una unidad más profunda que la que constituye el objeto artístico. Así, por ejemplo en el *Protágoras*, de Platón.

Lo dicho puede ser discutible. No obstante, si queremos atenernos a la consideración tradicional fijémonos en la maestría con que traza Platón el retrato de Sócrates en los primeros diálogos. La imagen mental que cada uno de nosotros nos forjamos del gran educador griego procede, sin duda, del maravilloso retrato que de él delineó su genial discípulo. No puede decirse que se limitó a «copiar» la personalidad de Sócrates, tal como éste se manifestaba. Hay en él un decidido propósito de reflejar su realidad, pero al mismo tiempo de idealizarla. Se cuenta que Sócrates escuchó atentamente uno de los primeros diálogos de Platón: «¡Y cómo miente sobre mí el jovencito!», murmuró al acabar de escuchar la lectura. Este deseo consciente de transformar la realidad va unido a un sentimiento innato de lo dramático. La insuperable belleza con que narra la muerte de Sócrates señala en él unas geniales condiciones de dramaturgo. Enfrentarse con la descripción de la muerte de un hombre, cuyos discípulos serían los primeros en leer el relato, teniendo que huir de todo

sentimentalismo, de lo patético y de lo trágico en sentido tradicional, requería una visión de la medida y de lo que se podía lograr con la narración sencilla de la verdad, no sólo inusitada, sino todavía por conseguir en la literatura de su tiempo. Que lo consiguió es una evidencia y ante ello no valen exégesis sino admirarse.

Este sentido de lo dramático no se advierte sólo en Platón en ocasiones realmente dramáticas, como la muerte de Sócrates. El sentido de lo dramático se evidencia en él siempre que ante unos interlocutores sólidamente preparados, se propone llevar adelante su investigación. Lo dramático surge del choque de unas ideas con otras, de lo azorante y sorprendente del viraje que experimenta el diálogo de un modo inesperado. De la manera que Platón emplea el diálogo la forma en él posee una importancia decisiva. El comienzo efectista del Protágoras anima desde el principio un cuadro imborrable de colorido, riqueza, vitalidad y movimiento.

No es el cuadro que Platón presenta tan sólo lo que se nos aparece tan artísticamente penetrado de arte. Lo es también el diálogo mismo. Utiliza el filósofo griego un medio de expresión propio del teatro. No es casual. Como en la escena cada dialogante expresa en sus frases su personalidad, que se opone a las otras, así en los diálogos platónicos cada personaje representa con fidelidad lo que lo distingue y separa realmente de los otros. Lo que hace tan extraordinariamente artístico el tipo de diálogo platónico es su verdad, aparte de su vivacidad y colorido. Piénsese en los diálogos de Leibnitz, San Agustín o Berkeley. Cualquiera de estos escritores utiliza el diálogo únicamente como un medio de expresión de ideas que hubiera podido ser también la narración en primera persona. En ellos el diálogo destaca por el valor de sus ideas, pero carece del empuje poético de los platónicos sencillamente porque son un artificio. En Platón el diálogo es la vida misma en acción, con sus luchas y sus contradicciones. No emplea nunca el falso recurso de hacer expresar a los interlocutores frases más o menos débiles para complacerse, posteriormente, en refutarlas. Por el contrario, la dialéctica de algunos sofistas —Calicles, Protágoras— es a veces tan firme y convincente que amenaza anegar toda la obra platónica. No existe ni una vacilación en ellos. Cada personaje de estos grandes dramas humanos que son los diálogos dice todo cuanto tiene que decir. El vigor con que

hablan amenaza a la estructura misma de la vida, del Estado, de la educación, de la moral. Si Platón se hubiera complacido en involucrar en sus discursos puntos fácilmente vulnerables, no podrían haberse recogido modernamente teorías expuestas en los diálogos platónicos —como hizo Nietzsche al revalorizar las ideas del sofista Caliclés.

Se comprende que los diálogos significan mucho más que una mera forma de expresión: los diálogos son la vida misma en acción y porque la expresan con verdad y dramatismo constituyen un tesoro único no sólo desde el punto de vista filosófico, sino también estético.

El sentido poético de Platón se acusa, además, en la forma. El significado de los mitos en su obra desempeña una parte considerable. Y no sólo han de considerarse a modo de metáforas que exponen de una manera plástica el pensamiento de su autor. Hay en ellos muchas intuiciones apenas esbozadas y muchos rasgos oscuros en los que todavía no se ha penetrado bien. Como en la obra de todo gran artista los misterios que quedan por desentrañar constituyen una parte extensa. No hemos de ver en ello una limitación que impida una comprensión de su filosofía, sino más bien enigmas que aunque ofrezcan pocas posibilidades de ser aclarados inducen a renovados esfuerzos para lograrlo. Lo importante, en este caso, es el camino, la tensión y el esfuerzo a que nos somete.

Visto, pues, que Platón es tanto un artista como un político surge la pregunta de por qué sus dos vocaciones más espontáneas quedaron postergadas en favor de la filosofía. Pero la respuesta a esta pregunta se desprende del contexto de este estudio.

¿Ha quedado aclarado por qué existió unidad en el pensamiento platónico y por qué fué posible su desenvolvimiento? ¿No prometeríamos más de lo que realmente se ha logrado?

Si se entiende por unidad de pensamiento lo que Schleiermacher creía en Platón, es decir, un plan de doctrina elaborado cuando comenzó a escribir los diálogos, parece que no existe tal unidad en él, así como tampoco se lanza a la investigación sin saber las consecuencias que sus esfuerzos van a ocasionar. Lo importante es resaltar que en Platón existe una «unidad de carácter», es decir, que lo que unifica su doctrina —a través de todos los cambios— es su carácter mismo. Su desenvolvimiento es el de una persona genial que sabe hacia donde camina, incluso que conoce

vagamente la meta, pero que siempre está dispuesto a desandar lo andado cuando observa que sus pasos han sido dados en falso.

Esta unidad de carácter tiene su expresión en una doctrina cuya unidad es algo más profundo que los pensamientos, las palabras, la forma y la mera plasticidad de su concepción. La unidad de su inteligencia hay que buscarla en su carácter. La unidad de su doctrina en las manifestaciones de su obra: pensamiento filosófico, teoría política y contenido artístico son una misma cosa, no cosas distintas o sucesivas. Hemos visto por qué Platón pensador «tuvo que ser» también Platón político. No hay explicación humana para el hecho de que él, u otro hombre cualquiera, sea también artista. Lo único que cabe hacer en este caso es mostrar, sencilla y simplemente, el hecho de su existencia. Platón «fué» un artista y no hay más que decir. ¿Por qué lo fué Platón y no lo fué Aristóteles, siendo ambos griegos y coetáneos?

No hay respuesta posible a esta cuestión.

L. RODRÍGUEZ ARANDA

